

poderes y la pusieron sobre el tapete en el congreso de Westfalia, donde despues de muchos debates y de proposiciones muchas de ellas radicales, se reconoció la necesidad de un arreglo y se acordó aplazarlo para el próximo parlamento, que debía tomar por base de sus deliberaciones los dictámenes que hasta entonces tuvieran preparados el consejo imperial y el tribunal del imperio. Hasta entonces se convino en recomendar á los tribunales que procedieran en esta clase de causas con moderacion (1). Con esto quedó la cuestion condenada á eternizarse, como todos los asuntos que caían en manos del parlamento. El de Regensburg tomó sin embargo en 1654 una resolucion muy radical, á manera de la ley que publicó Solon en 594 antes de dar su código á los atenienses; el parlamento citado aseguró á los acreedores la devolucion de sus préstamos en el término de diez años previa fijacion de plazos, pero respecto de los intereses atrasados dispuso que las tres cuartas partes de los atrasos ocurridos durante y por causa de la guerra quedarian completamente anuladas siempre que constase positivamente la insolvencia del deudor. No haciéndose entre este y el acreedor un arreglo amistoso, para la cuarta parte pagadera se daba al deudor tambien un plazo de diez años, y en caso de no pagar esta cuarta parte tampoco en dicho plazo, «deberia probar su insolvencia.»

Esta resolucion, además de ser tardía, resultó casi enteramente vana, porque en la mayor parte de los territorios se habian hecho entretanto arreglos, ya por medio de edictos del soberano, como en Baviera, ya por acuerdos tomados entre los grandes vasallos y entre estos y el soberano, como en el Brandeburgo, en el Anhalt, etc., y en muchos casos directamente entre los deudores y acreedores con reduccion de débitos. Donde no hubo estos arreglos tampoco sirvió el del parlamento, porque ¿cómo obligar al acreedor á dejarse despojar así de lo suyo? Por otra parte, era tan discutible la autoridad del parlamento en esta materia, que el elector de Brandeburgo en atencion á la gran diversidad de estos casos pidió que se dejase á cada miembro directo del imperio en libertad de tomar en su territorio las disposiciones que creyera convenientes, y de procurar los arreglos y convenios mas adecuados á los diferentes casos y á las condiciones locales. En su consecuencia continuó arreglando esta materia en sus Estados á su manera, prescindiendo de la resolucion del parlamento (2), y en otros territorios se hizo lo mismo, tanto mas cuanto que el parlamento habia sancionado en otra resolucion las medidas hasta entonces tomadas en diferentes territorios (3).

La intervencion del parlamento no produjo, pues, ningun efecto; como en otros asuntos, su poder resultó ilusorio, y los soberanos hicieron en sus territorios lo que mas les convino con entera independencia, y pasaron muchas generaciones antes que estos asuntos quedasen arreglados.

Basta haber indicado este lado de la situacion interior del pueblo alemán para comprender el estado precario de la poblacion rural y de la produccion agrícola en todo el imperio. A esto hay que agregar las prestaciones personales; la constante y rápida disminucion de los labradores y colonos independientes, ya desde un siglo atrás, hasta que todos, especialmente en el Norte, quedaron reducidos al estado de siervos, formando parte del inventario mueble y semoviente del respectivo señorío. Si además se tienen en cuenta las contribuciones que exigía el soberano del territorio, que ne-

(1) Instr. Pac. Osnab., tomo VIII, párrafo 5. De indaganda, etc.

(2) Doc. y Actas, tomo VI, págs. 295, 394 y 449. «Pues lo que es Su Majestad imperial en el universo, lo es cada príncipe en su territorio propio.»

(3) Resoluciones del parlamento de 1654, párrafo 171.

cesitaba mayores recursos que antes, porque la nueva era exigía nuevos organismos administrativos y militares, se comprenderá que la prosperidad sobre todo del elemento rural, el mas numeroso y mas importante, era imposible; y en efecto, hasta el comienzo del siglo actual se han encontrado esta parte del pueblo alemán y todas las clases afines en la situacion social y material mas lamentable, cuyas causas datan en gran parte de mucho mas léjos que la guerra de treinta años. Finalmente hay tambien que tener en cuenta que la esclavitud ó servidumbre estaba tan arraigada en las costumbres del pueblo alemán, que un hombre tan perspicaz é ilustrado como Pufendorf la creía tolerable porque el siervo tenia asegurada la manutencion (4).

Dirijamos ahora nuestra mirada á otra faz de la vida del pueblo alemán.

La falta de poblacion se hacia sentir naturalmente en todos los ramos de la actividad humana, en las industrias manuales y en las artísticas, en el comercio y en el tráfico en general. El capital pecuniario habia mermado mucho, aunque en cierto modo solo habia cambiado de dueño, como el inmueble, subdividiéndose por una parte y acumulándose por otra en nuevas manos. Ya antes de la guerra las industrias y el comercio de los alemanes se habian quedado muy á la zaga de los de las naciones vecinas, y durante la larga guerra dejaron éstas tan atrás á los alemanes que por mas de un siglo les tuvieron condenados á figurar en la industria y en el comercio entre las últimas naciones de Europa; pero se volvió á trabajar, aunque sin ambicion y entusiasmo.

En alguna ciudad antigua de Alemania se encuentran todavía casas vetustas sobre cuya puerta se lee: *Renovat. Anno Dom. 1653*, como testimonio de que en los primeros años despues de la gran guerra se reedificaron moradas que la guerra habia destruido; pero estas moradas no ostentan los alegres adornos que sabemos distinguían las casas de las familias patricias y de los grandes comerciantes de la época anterior á la gran guerra. Faltaban el dinero y la alegría, y la gente se contentaba con haber recobrado siquiera la paz y la seguridad de vidas y haciendas. Por otra parte, y por mucho que hubiesen padecido las ciudades y sus habitantes, jamás habian sido devastadas como los pueblos y caseríos abiertos; centenares de aldeas habian desaparecido para siempre de la superficie del suelo; pero no habia sido destruida hasta este punto ciudad ninguna grande ni pequeña. En muchas habia barrios enteros que estaban en ruinas; centenares de casas estaban abandonadas y desmoronándose y otras reducidas á escombros, que despues nadie reedificó; la poblacion habia disminuido en proporcion, pues aunque se admita una exageracion muy natural en las relaciones que tratan de la disminucion de habitantes que de muchas ciudades se han conservado, y aunque hubiese alguna que no experimentó disminucion, y aunque algunas pocas (como Hamburgo y Bremen) tuvieron hasta un aumento, no cabe duda que la inmensa mayoría de las ciudades salieron de la guerra con grandísima pérdida de habitantes.

Las contribuciones y demás cargas de la guerra que hubieron de soportar las ciudades parecen hoy increíbles, y les obligaron á contraer deudas que á muchas hicieron arrastrar hasta el siglo actual una vida lánguida y pobre, con una poblacion pobre tambien; pero no desaparecieron. La gente del campo cuando su existencia en hogar fijo se hacia imposible abandonaba sus poblaciones y recorría el país en bandas numerosas merodeando, mientras las ciudades ni queda-

(4) Pufendorf: *Jus natura et gentium*, tomo VI, pág. 3: *Perpetua illa obligatio compensatur alimentorum certitudine, quam saepe non habent qui diurnas operas locant.*

ron abandonadas, ni desaparecieron en ellas el gobierno ni el orden, ni se transmitió á sus habitantes ninguno de los movimientos anárquicos que en el curso de la guerra estallaron en diferentes comarcas rurales. La clase ciudadana sostuvo el orden y sus usos y leyes dentro de sus muros; la industria y el comercio se arrastraban penosamente, pero no murieron, y fuera de circunstancias del todo excepcionales solia estar respetada y segura la propiedad.

Las ciudades, particularmente las mas mercantiles, continuaron siendo refugio del capital; muchos capitanes distinguidos confiaban sus fondos á alguna casa de comercio que les pagaba buenos réditos, y habia aventureros que compraban con lo que habian ganado robando y jugando alguna casa para establecer en ella despues de la guerra algun meson ó taberna. Muchos protestantes acomodados expulsados de los dominios austriacos colocaron su dinero á interés en las ciudades libres del Mediodía de Alemania, particularmente en Ulm y Nuremberg, aunque despues tuvieron grandes cuestiones para cobrar los intereses; y una afluencia análoga de capitales experimentaron seguramente otras ciudades mercantiles.

Fuera de estas circunstancias favorables, pero accidentales y parciales, fué general la decadencia del comercio y de la industria en toda la Alemania, y no por efecto únicamente de la guerra, sino por la direccion distinta que habia recibido el comercio del mundo desde el siglo xv, con las nuevas vias interoceánicas, que favorecieron de golpe á las naciones marítimas. Desde entonces habia menguado el comercio alemán por falta de fuerzas marítimas, escuadras y colonias, y de una política mercantil alemana. El gran comercio habia pasado á manos de los holandeses, ingleses y franceses. En Londres existia todavía del tiempo de la liga anseática la factoría alemana llamada «del acero», pero sin importancia ninguna desde las leyes mercantiles de la reina Isabel. En cambio, una sociedad emprendedora inglesa habia establecido factorías en todos los puertos alemanes hasta Dantzig, desde los cuales proveía á todo el comercio de Alemania de productos ultramarinos é ingleses. Los ingleses eran una gran nacion unida que podia tener y tenia una política nacional patriótica y mercantil, mientras la Alemania era una aglomeracion de innumerables soberanos y soberanillos laicos y eclesiásticos sin mas política que la personal suya. Tambien la Suecia y la Dinamarca tenian un gobierno y una política nacionales que no se descuidaban para fomentar su riqueza y poderío por medio del comercio; y despues de haberse hecho independientes de la union anseática trabajaron para enseñorearse del comercio alemán, segun hemos visto por la parte de Suecia en la paz de Westfalia. La Dinamarca dominaba el Sund, llave del Báltico; y desde fines del siglo xvi el comercio holandés habia tomado tambien un desarrollo colosal, subiendo por el Rhin hasta dominar pronto todos los mercados de la Alemania occidental, mientras sus buques rivalizaban con los ingleses en el Báltico, cuyo comercio no tardaron á monopolizar.

Así estaba el comercio cuando vino la guerra de treinta años á hacer mas patente la impotencia política de Alemania, á dispersar sus capitales y á abrir todas las puertas al comercio y á las industrias de las naciones extranjeras. A pesar de todo sostúvose el comercio alemán, aunque en condiciones humildes, en segunda ó tercera línea; pues aunque á la cola del comercio inglés y holandés, continuaron participando del movimiento mercantil general aun en los peores tiempos de la guerra las ciudades de Hamburgo, Bremen, Lubeck y Dantzig. El comercio de Lubeck especialmente conservó las antiguas relaciones anseáticas con los mercados rusos; en las factorías de Novgorod, Pskov é Ivangorod,

como en Moscou en el arrabal extranjero, continuaron figurando los alemanes, aunque no siempre bien vistos, entre los demás comerciantes, industriales y médicos extranjeros (1). Bruckner (2) llama á Pedro el Grande discípulo de los alemanes del arrabal extranjero de Moscou.

Como las plazas mercantiles del Norte, las del Mediodía, Nuremberg, Augsburg y Ulm, sostuvieron tambien sus rela-



Los hijos de los infiernos.

De la historia de Filandro de Sitterwaldt, ó sea escritos de Hans Michael Moscherosch de Wilstatt (Impreso en Estrasburgo en 1645)

ciones mercantiles con las de Italia, valiéndose de salvoconductos, ora del emperador, ora del rey de Suecia ó de los generales amigos ó enemigos (3). En Venecia el comercio alemán tenia una factoría, el *fondaco dei tedeschi*, y cuando esta república sostuvo la pesada guerra por la isla de Candia, los comerciantes alemanes de la factoría dieron en 1646 al senado de la república un donativo voluntario de mil ducados como muestra de su agradecimiento y afecto, «no obstante las grandes desgracias que pesaban sobre su propia patria.» En un documento oficial veneciano de aquella época

(1) A. Winckler: *Die deutsche Hanza in Russland* (Berlin, 1886).

(2) *Beiträge zur Culturgeschichte Russlands im XVII Jahrhundert* (Leipzig, 1887).

(3) Joh. Falke: *Geschichte des deutschen Handels* (Leipzig, 1860).

ca se dice de los comerciantes de esta factoría que su conducta era mas bien religiosa y monástica que laica (1).

Para el comercio del Mediodía de Alemania con Francia era Lyon la plaza mas importante. Allí tenia tambien el comercio aleman un centro, llamado la «Cofradía de Santiago» (Saint Jacques) por el convento de este nombre fundado en el siglo xv por ciudadanos de Nuremberg y favorecido por los reyes de Francia con valiosos privilegios.

El comercio con Austria, Hungría y Bohemia, muy productivo, estaba desde antiguo en manos de los comerciantes de Nuremberg y Augsburgo, que ganaron mucho, durante la guerra particularmente, con los aceros, herramientas y armas de Estiria (2).

Leipzig era, aun durante la guerra, el mercado central de Alemania que formaba el lazo de union entre el Norte y Sur, el Este y Oeste. Desde el año 1631 particularmente habian caido sobre esta ciudad todas las calamidades de la guerra sin exceptuar repetidos sitios y tomas con todas sus consecuencias. Fué quizás la menor de las desgracias su ocupacion por los suecos desde 1642 hasta 1650, porque si pesada era la carga de esta guarnicion, los suecos conservaron siempre allí su rígida disciplina, y Torstenson, su general en jefe, se apresuró á publicar, ya en 20 de enero de 1643, un manifiesto, en el mismo interés sueco, asegurando su proteccion á cuantos visitaran las celeberrimas ferias de aquella ciudad. Gracias á esta proteccion inteligente resistió esta ciudad industrial y mercantil todos los temporales de la guerra, siendo hasta en los peores tiempos, cuando toda la Sajonia electoral, tanto las ciudades como el resto del país, yacía arruinada y maltratada en la mas espantosa miseria, «el asilo mas seguro para los que habian sido arrojados de sus hogares, para los pobres, los hambrientos y enfermos (3)». Leipzig era el gran depósito, garantido por antiguos privilegios, de mercancías para los países alemanes inmediatos; allí se reunian las mercancías de Rusia, Polonia y Silesia para ser desde Leipzig expedidas á Hamburgo, Colonia, Francfort del Mein, Nuremberg y otras grandes plazas mercantiles. A esto se agregaba la ventaja de ser Leipzig centro de una de las regiones mas industriales de Alemania cuyos productos encontraban todavia muchos compradores en los mercados extranjeros. En aquella region como igualmente en algunos otros puntos (4) no sucumbió del todo la industria alemana, y aunque excluido el comercio aleman de los mares, estas comarcas se rehicieron rápidamente de los desastres sufridos en la larga guerra.

En peor situacion que el comercio estaba la industria en Alemania porque la guerra, no solamente habia dejado á los industriales sin dinero ni brazos, sino que habia destruido tambien las primeras materias y los útiles. Muchas industrias antes florecientes, productivas y hasta de exportacion desaparecieron ó quedaron reducidas á proporciones miserables, lo cual facilitó la introduccion de productos extranjeros,

(1) Simonsfeld: *El Fondaco dei Tedeschi* en Venecia (Stuttgart, 1887), dice en prueba de la importancia de esta factoría, que el comercio de la ciudad de Colonia hizo todavia despues de la paz de Westfalia grandes esfuerzos para que sus miembros fuesen admitidos en esta factoría, lo que logró en 1652 del gobierno de la república, que extendió esta gracia á todo el comercio aleman.

(2) Véase la obra ya citada de Joh Falke, tomo II, pág. 161.

(3) Hasse: *Historia de las ferias de Leipzig* (Leipzig 1885).

(4) Heller: *Las vias mercantiles en el interior de Alemania en los siglos XVI, XVII y XVIII, y su relacion con Leipzig* (obra alemana, Dresde, 1884), y *Vols Beitrage zur Culturgeschichte* (Leipzig, 1852). En esta obra se encuentra la interesante noticia de que la pequeña ciudad de Calw en Suabia, que habia sufrido como la que mas las calamidades de la guerra, introducía todavia en el año 1651 lana en bruto de Inglaterra para sus fabricantes de paños. Calw ó Kalw tiene hoy 4,642 habitantes.

como sucedió muy particularmente con los lienzos y paños y con la minería. Antes de la guerra los fabricantes de paño de Westfalia, Brandeburgo, Bohemia, Baviera y Wurtemberg no solamente proveían el mercado aleman, sino que aun exportaban mucho á otros países; pero despues de la guerra los holandeses é ingleses inundaron el mercado aleman con sus paños y lienzos y compraban los fabricados en Alemania á precios muy bajos para darles en sus fábricas una última mano y volverlos á introducir en parte en Alemania. Muchas ciudades industriales populosas y prósperas quedaron reducidas entonces á miserios villorrios rurales que jamás se volvieron á levantar. Sin embargo, otras ciudades conservaron algunos de sus ramos de industria, y otras salieron de su insignificancia y entraron en una era de inusitado desarrollo. En Silesia y Bohemia quedaron abandonadas muchas minas porque las poblaciones mineras protestantes, huyendo de la persecucion religiosa, emigraron á Sajonia donde la minería no tardó en prosperar. Otros industriales, huyendo de los horrores de la guerra y de su ciudad devastada y destruida, buscaron y encontraron ocupacion en otras poblaciones; gran número de familias austriacas inmigraron en Baviera donde se les eximió durante algunos años de contribucion, y traslaciones análogas se efectuaron en otras partes de Alemania. La lucha de la industria alemana contra la extranjera era además desigual por muchos motivos que nada tenian que ver con la guerra, como la rutina antiquísima de castas, de servidumbre, de pobreza humilde, de mezquindad y la consiguiente organizacion gremial, que no dejaba germinar el criterio independiente, ni cambiar útiles ni procedimientos. No habia medio de salir de esta rutina, ni posibilidad de que llegara un gobierno inteligente como el francés con un ministro como Colbert que abriera campo y horizonte á los industriales alemanes, ni de que se dieran la mano como en Inglaterra los comerciantes y el gobierno para fomentar los intereses materiales de la nacion, ni de que se formara una compañía de Indias como la de Holanda y medrara apoyada por el gobierno en beneficio de éste y del país. El imperio aleman era impotente, el pueblo pobre, esclavo y servil, y los soberanos se juzgaban propietarios mas ó menos poderosos, pero solo miraban por sus intereses personales y materiales. Algunos aun así hicieron algo bueno, como el elector Carlos Luis del Palatinado, Ernesto el Piadoso de Turingia y el elector Federico Guillermo de Brandeburgo.

La generacion existente en Alemania al comenzar la nueva era con la paz de Westfalia habia nacido durante la guerra y se habia criado en medio de calamidades, miserias y horrores de toda clase; y sin entrar aquí en pormenores conviene dar una idea ligera de su estado intelectual. Los alemanes que habian nacido por el año 1618 y se encontraban al hacerse la paz en la edad viril no habian conocido la tranquilidad pública ni sabian acostumbrarse á ella como estado normal de la sociedad; eran una generacion ruda y grosera, brutal, egoista y falsa, glotona, crapulosa y vanidosa. El antiguo vicio nacional de la bebida habia llegado á un extremo increíble; el aleman de entonces era un sér feo é innoble. Acaso este retrato que encontramos en tantos autores, sea demasiado exagerado por lo severo, pero no puede negarse su exactitud dentro de ciertos límites. La no interrumpida lucha desesperada por la existencia habia hecho á los alemanes así, y treinta años de guerra encarnizada no pueden dar á una nacion una fisonomía hermosa y noble. Cada individuo, ya fuese príncipe, ya jefe militar, ya noble ó soldado aventurero y mercenario, ya empleado ó ciudadano, luchaba para sostenerse como correspondía á su clase, siendo insolente y despótico con los inferiores, servil y rastroso ante los

superiores y falso con todos. Este espíritu egoista ruin y brutal habia dado origen en el trato, dentro de las gradaciones de la misma clase y entre las clases diversas, á una multitud de tratamientos, títulos y ceremonias complicadísimos, y habia producido en los individuos un orgullo tan ruin y repugnante, cuando podia ostentarse entre los de su clase ó ante los de una clase inferior, como grande era su afán de manifestarlo. Este orgullo soez y pueril, unido á la afición á los banquetes, era para los alemanes, cada cual segun su clase, el ideal de la vida, aunque todos se arruinasen. Las causas fundamentales y permanentes de semejante situacion eran la antigua rudeza y la separacion absoluta primero en libres y siervos, y despues en nobles y plebeyos. A este cuadro nada halagüeño del carácter del pueblo aleman al salir de la guerra de treinta años hay que añadir la falta de todo sentimiento nacional, falta antigua, pues databa de la época primitiva en que no podia haber semejante sentimiento. Además el instinto de imitacion hacia que tambien desde tiempos antiguos los alemanes procurasen engalanarse con retazos y jirones de civilizacion de otras naciones mas adelantadas que ellos. Así imitaron las formas sociales, las prendas de vestir, las costumbres, los productos literarios y adoptaron cuantos vocablos pudieron de las lenguas extrañas. Durante toda la época de la reforma religiosa los predicadores protestantes y católicos procedentes de la clase pobre no cesaron de clamar contra esta tendencia irresistible, sobre todo en las clases que podian sufragar este lujo aunque fuese arruinándose. En las naciones mas adelantadas se aceptaban tambien modas extranjeras, como el ferreruelo de los caballeros españoles, pero en ninguna parte produjo la imitacion extravagancias tan torpes, groseras y ridiculas como en Alemania. Las quejas de los moralistas críticos y satíricos fueron en aumento; en todo el siglo xvii, las modas francesas fueron imperando; y desaparecieron ante su mayor sencillez y elegancia las gorgueras colosales como ruedas de molino, los jubones y gregüescos españoles. Se introdujeron tejidos mas finos y mas costosos, se adornaron todas las prendas de vestir de ambos sexos con ricos encajes y perlas; en fin, se procuró estar al corriente de la última moda de París; mas por lo general se imitaba sin inteligencia, sin tacto y de la manera mas desgraciada. Los hijos de las familias mas encumbradas y ricas eran enviados á París para adquirir allí modales elegantes y cultos, y para aprender mas ó menos bien á hablar francés.

Mayor trascendencia que todo esto tuvo la introduccion de vocablos extranjeros en la lengua alemana moderna, formada en las cancelerias de los príncipes por los letrados pedantes con una espantosa balumba de vocablos y giros latinos, porque toda la instruccion estaba basada hasta entonces y en adelante hasta mediados del siglo pasado exclusivamente en el latin. Lutero adoptó el mismo dialecto, menos naturalmente la parte cancellesca exagerada, en su traduccion de la Biblia. Los poetas ó versistas alemanes hicieron un uso moderado de vocablos extranjeros, porque á los latinos se iban agregando continuamente vocablos franceses, buen número de italianos y hasta alguno español. La llamada escuela poética de Silesia y la Sociedad Fructífera ú orden de la Palmera lucharon contra el abuso excesivo de vocablos extranjeros; pero si alguna influencia ejercieron en la poesía, no tuvieron ninguna en la prosa ni en la conversacion, en las cuales cuanto mas pretencioso era el lenguaje, mas vocablos extranjeros usaba. La gran ambicion era saber hablar en francés y escribirlo. No hay que decir las innumerables ridiculeces que produjo este afán necio, y por lo general no auxiliado por el talento y la capacidad necesaria. Los críticos y moralistas graves y celo-

sos hacian en todas las comarcas de Alemania una cruda guerra al afán de seguir las modas francesas, siendo los mas notables: Grimmelhausen, natural de Hesse, domiciliado en la Selva Negra y autor de la novela satírica «El simplicísimo aventurero aleman,» que obtuvo gran resonancia (1); Moscherosch, hijo de Alsacia, donde nació el año 1601, hombre para su época instruídísimo que publicó entre muchas otras obras, imitando los «Sueños y discursos» de Quevedo, sus célebres cuadros de costumbres alemanas, con el título de *Visiones maravillosas y positivas* de Sitterwaldt; Logan de Silesia, que escribió epigramas en verso; Laurenberg, natural de Meklemburgo; Gruppius, paisano de Logan, autor de comedias y sátiras, y Schuppius, natural de Hesse y domiciliado en Hamburgo, los cuales y muchos otros atacaron y ridiculizaron la petulancia torpe de imitar todo lo extranjero, y en particular todo lo francés, y de avergonzarse de todo lo que era aleman. Sin embargo, estas críticas y sátiras no consiguieron su objeto.

Tampoco es prudente tomar los sermones y escritos de la cohorte de moralistas, satíricos y críticos como la imagen verdadera, ni menos general del pueblo aleman de su época, porque si todo testimonio se resiente naturalmente de la mayor ó menor ilustracion y capacidad del que lo emite, de su conocimiento del mundo y de los hombres, y del punto de vista desde el cual ha observado las cosas, hay que confesar que aquella masa de escritos pierde gran parte de la autoridad que se le ha dado hasta hace poco. De todos los autores citados fué únicamente el primero el autor del *Aleman simplicísimo*, talento literario y persona de amplias miras y conocedora del mundo; los demás miraron las cosas desde un punto de observacion muy bajo, y á ellos puede aplicarse con poca variacion lo que Spittler en su *Historia de Wurtemberg bajo el gobierno de sus condes y duques* (2) dice del teólogo wurtembergués Juan Valentin Andréæ (3): «A creerle, la nacion alemana habria ofrecido en todas sus clases, en las cortes, en la Iglesia, entre los potentados y en el pueblo bajo, un espectáculo lastimosísimo, cuando lo que lamentaba su noble corazón no era sino la marcha irresistible del mundo, marcha que el buen hombre no conocía, ni pudo llegar á persuadirse de que no hay quien sea capaz de torcerla.

La comunicacion de los pueblos, una vez establecida, produce irremisiblemente una penetracion mutua de costumbres y de civilizacion. Claro es que en lo principal reciben mayor suma de costumbres los pueblos menos civilizados que los que lo son mas, y esto sucedió al pueblo aleman respecto del francés cuando en el propio tiempo los pueblos escandinavos recibieron mas del aleman. La invasion de la civilizacion francesa, de su lengua y de sus costumbres, modas y producciones literarias en Alemania fué en el siglo xviii impetuosa, irresistible y duró todavia todo el siglo xviii. No puede negarse á la civilizacion del pueblo francés un valor intrínseco que desde sus primeros tiempos le ha asegurado una influencia intelectual dominante en las relaciones sociales, en la literatura y acaso tambien en la política de las otras naciones (4).

(1) Grimmelhausen nació en 1625 y murió á los 51 años. (N. del T.)

(2) Uno de los autores alemanes mas originales del siglo xviii; nació en 1586 en el ducado de Wurtemberg y murió el año 1654 en Stuttgart. Escribió en latin y en aleman, es decir, en el dialecto de su país, el Wurtemberg. (N. del T.)

(3) Obra publicada en aleman en el año 1783 en Gottinga.

(4) Tambien los moralistas italianos en los siglos xvi y xvii censuraron á los imitadores de las modas de España y Francia, y en este último país hubo en el siglo xviii una enérgica campaña en favor de la literatura francesa genuina y contra la imitacion de la italiana, en cuya lucha fué uno de los adalides nacionalistas franceses Boileau.